

# **Instituto de Filosofía**

## **Un instituto joven para viejos problemas\***

Eufrasio Guzmán Mesa  
Licenciado en Filosofía y Letras  
Profesor Titular Instituto de Filosofía

### Las motivaciones y el comienzo

En un conciso ensayo<sup>1</sup> se ha descrito ya el camino que condujo a la filosofía, en la Universidad de Antioquia, por el sendero de la autonomía y la independencia, superando su condición de "sierva" de diferentes pretensiones. Al dejar de estar sujeta, tanto a exigencias institucionales como a las necesidades de otras unidades académicas, afrontó el reto de proyectarse hacia la búsqueda de su propio sentido, impulsando de paso interesantes y significativas acciones intelectuales, investigativas y académicas, que constituyen un relevante camino de realizaciones. Se sentaron así las bases de un prometedor desarrollo futuro, se dieron los primeros pasos, definiendo de manera más precisa su aporte a la cultura. En el corto período de algo más de una década se ha alcanzado un notable grado de madurez que se refleja en los compromisos y realizaciones que se describen aquí.

Habría que señalar en primer lugar la circunstancia por la cual, desde el punto de vista de la organización, el proceso ha tenido un impulso sostenido, que se inicia en la década de los setenta del siglo pasado, cuando un grupo de profesores de la sección de Filosofía del departamento de Humanidades, que tiene la filosofía por tema de sus cursos y de parte considerable de su formación, decide organizarse de una manera más autónoma y responsable con la disciplina, y en el año de 1974 propone a la Universidad el primer programa de filosofía con clara orientación investigativa. Lo que con ello se estaba empezando a entender era una nueva manera de afrontar el estudio de la filosofía, la cual, como disciplina académica, ya lo sabemos, estaba presente en la Universidad desde la época del Colegio de los Franciscanos, a principio del siglo XIX, pero sujeta a los fines de la orden franciscana y a la concepción de la educación del período colonial.

La historia del actual Instituto de Filosofía y la suerte de la disciplina en la Universidad a comienzos del siglo XXI está ligada a ese esfuerzo de un grupo de profesores que quisieron crear condiciones adecuadas para su libre cultivo e investigación, lo que a su vez permitió la superación de los esquemas que la habían puesto al servicio de fines no filosóficos. Para valorar este esfuerzo inicial es necesario recordar que algunos de los que formaron parte de ese grupo habían realizado sus estudios en la Facultad de Educación, la cual contaba ya, desde finales de la década de los sesenta, con un programa de formación de educadores con énfasis en filosofía e historia. Pero era aquella tradición de supeditación y sujeción lo que se quería superar, por lo que se propuso un plan de estudios diferente, que fuera más allá de formar maestros o poner la disciplina al servicio de las ideas pedagógicas.

Por otra parte, es también significativo que otro grupo de esos profesores, fundadores de los nuevos estudios de filosofía en la universidad, hubieran obtenido parte de su

formación en seminarios católicos, y lo es porque la disciplina y persistencia propia de los claustros religiosos va a ser un ingrediente importante en esta nueva etapa de los estudios filosóficos. Sin embargo, en esta ocasión, esos valores y predisposición al trabajo cuidadoso no se unirán a intenciones confesionales ni a exigencias pragmáticas, sino al cultivo y estudio de la disciplina.

Ese espíritu de independencia frente a las actitudes confesionales, el superar la sujeción a las prácticas educativas predominantes y el intentar trazar un camino que la diferencie de las ciencias y las artes, es el eco, algo tardío, de esfuerzos que en Latinoamérica anunciaron la llegada de un cierto espíritu de modernización. En un país como el nuestro, en el que hace sólo pocas décadas la Iglesia, por medio de sus jerarcas, ejercía el poder de aceptar o excluir candidaturas a la máxima expresión del poder ejecutivo, no es de extrañar que esa modernización de la actividad filosófica sólo haya tenido lugar tardíamente, luego de esfuerzos aislados e individuales de intelectuales y profesores que, abandonando en muchos casos carreras eclesiásticas, se acercaron al núcleo de la actividad filosófica en el continente europeo.

Por supuesto que sabemos de los esfuerzos del siglo XIX cuando, de la mano de Bentham, de los ilustrados y del mismo Marx, se intentó dar pasos propios, al tratar de crear un sistema de instrucción pública laico; pero somos conscientes también de la manera como esos intentos de radicales y de pensadores liberales, entre otros, fueron reprimidos desde los centros de poder, muy conservadores y aliados con la Iglesia, que impidieron que los interesados en los estudios filosóficos durante el siglo XIX encontraran su propio lugar y su horizonte más genuino. No sobra por demás indicar que, hasta finales del siglo XX, persiste en la orientación de la educación en Colombia una tendencia que favorece el fortalecimiento de las tradiciones, frente a la apertura a las innovaciones, y que ella es, en su núcleo básico, conservadora; es necesario señalar además que sigue actuando como freno frente a las necesidades de crear, desde la educación, las condiciones que faciliten el desarrollo de una cultura ilustrada y moderna, en la que el conocimiento y la investigación contribuyan al impulso de una sociedad más democrática, justa y moderna.

Volviendo al asunto de nuestra universidad, habría que recordar cómo la propuesta académica de un programa de filosofía no confesional, presentada en los años setenta por el grupo de profesores de la Sección de Filosofía, va acompañada, por contraste con la situación dominante en la universidad, por un espíritu de independencia e identidad propias, que se reflejará en las sucesivas formas administrativas que irá tomando esa sección inicial, y que van haciendo realidad además la superación de la sujeción a ideas como la de los "estudios generales", la "formación socio-humanística" y el "compromiso político", y van fortaleciendo en nuestra Universidad el desarrollo de formas administrativas que faciliten un espacio propio para el estudio y la investigación seria de la disciplina filosófica.

En los años setenta dicho grupo laboraba bajo la forma administrativa de una sección que pertenecía a una macrofacultad que llevaba el englobador nombre de Facultad de Ciencias y Humanidades, y que a su vez había nacido del denominado Instituto de Estudios Generales, que en los años sesenta era responsable de ofrecer la formación básica de todos los programas de la Universidad.

En los años ochenta, la sección se organizó como un departamento adscrito aún a la Facultad de Ciencias Humanas y cuando, al final de la década de los ochenta, a partir de las

recomendaciones de la llamada "Comisión general de reestructuración", se reorganizaron algunas de las dependencias y se dio luz verde a la organización de los Institutos, el grupo de profesores de ese departamento de Filosofía fue uno de los que se organizaron como instituto, al lado de otros que también habían tomado conciencia de la necesidad de disfrutar de condiciones adecuadas para el despegue de la investigación, como el de Estudios Regionales (Iner) y el de Estudios Políticos. Por supuesto que estos tres institutos, si bien obedecían a un impulso análogo, estaban precedidos de diferentes circunstancias. En el caso del claustro de profesores de filosofía no sólo había un grupo numéricamente superior sino que su interés por buscar la autonomía era anterior al mencionado proceso de "reestructuración", pues era una expresión clara de su responsabilidad con la disciplina. Como veremos luego, en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado hubo una política de fundación de institutos con miras al estímulo de la investigación, mas por diversas razones esa iniciativa no se plasmó en ejecuciones que demostraran la bondad del esquema inicialmente propuesto.

### El grupo de profesores: compromisos y valores

Cuando se miran retrospectivamente los resultados de la acción humana, cuando en particular en una universidad como la nuestra se observan los logros del trabajo académico de un grupo o de una unidad académica y se encuentran aciertos y realizaciones dignas de resaltar, uno se pregunta qué es lo que allí se ha plasmado, qué factores o qué condiciones han hecho posible tal situación. En buen número de casos, un proceso de esa naturaleza tiene su explicación en el despliegue creador de la energía de uno o varios elementos destacados, líderes o personas prominentes, que superan lo existente o conciben la visión exitosa; en otros casos se puede encontrar la razón en circunstancias o motivaciones externas al proceso, que lo hacen especialmente productivo o vigoroso; en otros, como en el del Instituto de Filosofía actual, son las dinámicas internas propias y el conjunto de valores adoptados de manera implícita o explícita los que generan ideas relevantes y permiten el aprovechamiento adecuado de las oportunidades que el medio ofrece.

En el escrito mencionado al comienzo sobre la historia del Instituto, se anota de una manera directa lo que podría haber sido el germen del desarrollo exitoso que ha tenido esta unidad académica. Básicamente se trató de un proceso de incorporación de profesores nuevos, con el criterio de su calidad y sus perspectivas intelectuales, y no por razones predominantemente políticas, en contra de lo ocurrido durante el momento de gran expansión de la universidad pública, bajo la presidencia de Alfonso López Michelsen, cuando los criterios que primaron para el crecimiento y la aceptación de nuevos docentes en la Universidad de Antioquia, sobre todo en el área de los estudios sociales y humanísticos, fueron los de una inclinación y formación política de izquierda.

En uno de los escasos capítulos en los que la diferencia y la novedad se imponen sobre las políticas oficiales de corte tradicionalista y conservador ya mencionadas, en el seno de la educación colombiana se gestaron, a partir de los años sesenta, movimientos intelectuales que se propusieron la formación de un "hombre nuevo" y la capacitación de "cuadros revolucionarios" destinados a impulsar reformas profundas en el esquema educativo y en la sociedad en su conjunto. En general, el intenso impacto de la revolución cubana de 1959 en toda Latinoamérica y, en particular, algunos de sus ecos en la expresión literaria, como es el caso del famoso boom de la novela latinoamericana y del retorno de las ideas marxistas a nuestro medio, por la senda de las discusiones teológicas europeas,

que desembocaron en las llamadas teología y pedagogía de la liberación, contribuyeron a la generación de un clima especialmente dinámico, descrita en las expresiones universitarias de la década de los setenta: "En aquella época uno salía de las asambleas estudiantiles con la firme convicción de que la revolución socialista sería al otro día por la mañana", es una afirmación repetida a menudo por más de uno de los que vivieron aquellos días en la Universidad.

Esas concepciones modificaron la universidad colombiana de manera definitiva y hasta un punto cuyas dimensiones no han sido comprendidas a fondo. Estamos, en este comienzo del siglo XXI, viviendo en la nación una perturbación bélica cuya significación y alcance no serán adecuadamente comprendidos sin evaluar el papel que la universidad y el sistema educativo jugaron en la discusión y difusión de la visión de la sociedad que animó lo que ahora es una de las más destructivas y enérgicas acciones guerrilleras de que se tenga noticia. Enorme influjo tuvo en ese proceso la idea de que los conflictos sólo se resuelven acentuándolos, profundizando en las contradicciones, agudizándolas. En una nación desde sus orígenes severamente perturbada por animosidades profundas y que desde el siglo XIX ha encontrado escollos casi insalvables en los bandos y en una cierta incapacidad para generar conciencia civil, tal ideología ha acabado por impedir casi por completo la posible unidad de la nación. Se dice que somos un país de regiones, de diversidad cultural y étnica; pero además tenemos serias diferencias en las mentalidades, en las opiniones que causan divisiones profundas en los puntos de vista sobre lo deseable, con las cuales se llega hasta justificar la eliminación del opositor y se teje el drama de una historia violenta cruzada por las heridas de una crueldad inexplicable.

Está aún por escribirse el capítulo de la influencia de las ideas marxistas en Colombia a partir de la segunda mitad del siglo XX. Se han escrito algunas líneas sobre el catastrófico encuentro entre la actitud dogmática, catequética y católica, propia de lo que denominaríamos la concepción oficial de la educación en nuestro país, con el ideario marxista; pero aún falta estudio e investigación para acercarse a la urdimbre entre ideas, cultura y acciones sociales, políticas y militares en el país, que es, por supuesto, mucho más que un eco de la crisis de la teología alemana y europea de los años cincuenta, y que constituye un dramático e inconcluso capítulo de nuestra cruenta historia, en el que la inequidad y las coacciones de toda índole impiden la consolidación de una sociedad civil.

No quiere decir lo anterior que la universidad, antes de los años sesenta, fuera apolítica; ya sabemos, por ejemplo, que el germen de estudio serio en materia de estudios filológicos en nuestra universidad, comienzo natural de una filosofía independiente y vigorosa, se vio frustrado, en parte por razones políticas, por la prematura terminación del Instituto Filológico, fundado en 1942. En aquel Instituto se dieron cita académicos como Julio César García, Miguel Roberto Téllez y Saturnino Restrepo, que fueron, de cierta manera, víctimas de los manejos políticos que habitualmente se han cernido sobre la educación en nuestro país y vieron frustrado su anhelo de impulsar libremente el estudio y la investigación de la cultura, las lenguas y las ideas.

Cosa bien distinta sucedió en ese claustro de profesores de filosofía de los años setenta: a ellos correspondió un contexto político diferente, con la atmósfera de la preponderancia, en las universidades, de la izquierda militante ya descrita. Pero adoptaron como principio la calidad en la selección de sus miembros nuevos, y no las "recomendaciones" o las concepciones políticas de los aspirantes. Ese sano criterio

anticipaba lo que después de la reestructuración de 1985 se convertiría en el norte para el restablecimiento de la misión de la Universidad, plasmado en su Estatuto General actual, expedido en 1994: "La Universidad (...) es una institución que desarrolla el servicio público de la Educación Superior con criterios de excelencia académica, ética y responsabilidad social".

Unido a ese valor hay que señalar otro que podemos identificar, por una parte, con la responsabilidad personal y social, pero, por otra, con un valor que en buena medida es cultural y procede del contexto externo, aunque se da también en la Universidad, en diferentes grados. Se trata de un compromiso con los resultados, con los productos, con las realizaciones, con una lógica que obedece al adagio popular que dice: obras son amores, no buenas razones. Vemos ahí de qué manera el pragmatismo propio de la sociedad antioqueña impregnará la atmósfera de trabajo, no sólo en el actual Instituto sino en muchas otras dependencias académicas de la universidad. No deja de sonar paradójico que un valor en contra del cual parece haber sido motivada la creación del Instituto Filológico se hubiera convertido en un aliado del proyecto y ejecución del actual Instituto de Filosofía.

En el caso de lo que ahora es el Instituto, la búsqueda de la excelencia, el ejercicio de la responsabilidad y el compromiso con los resultados y los productos tangibles se ha expresado en dos frentes: la capacitación al más alto nivel, aprovechando las oportunidades que la Universidad ofrecía a sus profesores, y las realizaciones concretas, obras y demás buenas razones que se le han venido entregando a la universidad y a la comunidad en general.

Las políticas de capacitación de la Universidad fueron generosas en las últimas tres décadas, lo que permitió la formación de los docentes en alto nivel. Infortunadamente hubo laxitud, y se dio el caso de profesores que retornaron, después de varios años en el exterior, sin haber aprovechado el tiempo correctamente, y que adujeron excusas triviales cuando se les pedía mostrar resultados en sus estudios. "Mi tesis se me quedó en el avión", dijo alguno. Por el contrario, el claustro de profesores de filosofía, de manera autónoma y responsable, adoptó el compromiso explícito de no aprobar comisiones de estudio si ellas no culminaban con un grado; el resultado fue que el 90 por ciento de los profesores de esta unidad académica lograron obtener títulos de posgrado de doctorado, en la mayor parte de los casos. Esto ha permitido varias cosas: por un lado, una óptima calificación para el desarrollo de labores investigativas y docentes, y, por otro lado, una importante interrelación, en el diálogo con pares, que ha permitido la imprescindible tarea de confrontación al más exigente nivel, al igual que un adiestramiento para el ejercicio que supone el intercambio con comunidades de investigadores en un nivel ya no regional o nacional sino internacional.

Ahora bien, una capacitación como la señalada no sería en sí misma garantía de calidad, aunque enorgullecería a cualquier institución de educación superior, pues faltaría mostrar cómo esos preámbulos han impactado la educación y la cultura. En Colombia, y en todo el mundo, son frecuentes los logros individuales de personas que con recursos propios o institucionales alcanzan a ponerse en las filas de la vanguardia, pero cuyas metas han permanecido en una esfera casi completamente privada, sin revertirse sobre el medio. Este tipo de esfuerzo puede redundar en el bien personal, pero no tiene capacidad de germinación y se materializa en obras tejidas en silencio, que nos dejan el sabor de lo inconcluso, lo parcial, aquello a lo que faltó sentido coral. Se canta solo, en la ducha.

Podríamos señalar algunos significativos ejemplos del destino de este tipo de esfuerzos, que siguen ciertas regularidades que no es impropio recordar: se inicia con un impulso enorme que se nutre de la conciencia de su propia capacidad, se llega a un alto nivel de diálogo con sus pares, se teje obra interesante, profunda y sugestiva, pero finalmente se termina exilado de sí mismo, en algunos casos viviendo en el exterior y adaptándose parcialmente a otra sociedad, como extranjero notable.

Para evaluar las incursiones en la filosofía y la ciencia necesitamos esquemas menos individuales y más inteligentes de los ciclos de generación de la cultura y de su naturaleza fundamental de interrelación permanente. Con mayor razón en el caso de la filosofía, cuyo carácter esencial de diálogo no puede minimizarse. Seguir fomentando la esfera de lo privado no puede ser una política de capacitación coherente, no puede ser la culminación del enorme esfuerzo de lograr los desarrollos más notables de la cultura humana. La universidad es el espacio en el que, de manera coherente, puede hacerse el ciclo completo de logro de lo mejor para luego compartir y difundir, para formarse y formar al más alto nivel.

## Realizaciones y perspectivas

Esa coherente y responsable política de estudio, capacitación y formación se ha materializado en una serie de resultados que miraremos con algún detenimiento.

## La actividad investigativa

Hay que rastrear los antecedentes de esta actividad en las primeras decisiones del claustro de profesores de filosofía de la década de los setenta. Por contraste, el impulso que precedió la formación del Instituto de Filología en el año de 1942 y que perduró hasta 1950, que se veía como el principio de una futura Facultad de Filosofía y Letras, más que la investigación, buscaba satisfacer la necesidad sentida en esa década de exaltar los valores del espíritu, superar el utilitarismo desproporcionado presente en la cultura antioqueña y acrecentar su acervo, impulsando el reconocimiento de los valores culturales. Claro que en el filológico había algo de actividad investigadora, pero ella no era el eje, o se la dejaba a la exclusiva voluntad de los docentes, que a lo sumo se apoyaban en algunos trabajos de campo realizados en los cursos de dialectología, fonética o fonología, entre otros<sup>2</sup>.

En el caso del actual Instituto de Filosofía, la investigación precedió su estructura cuando se la concibió como motivación fundamental en el diseño del plan de estudios de 1974 y se impulsó el proceso de formación de los profesores que lo organizaron. La mayoría recibieron su formación doctoral en universidades europeas, donde elaboraron trabajos de gran relevancia para lo que ha sido el desarrollo posterior de la actividad investigativa. Esos trabajos doctorales constituyeron la indudable base para la consolidación de lo que hoy es esta unidad académica.

Pudieron los profesores realizar sus investigaciones doctorales con la orientación de destacados profesores europeos, en excelentes bibliotecas, con atmósferas y recursos culturales estimulantes, y con jurados exigentes que sometieron sus disertaciones al examen crítico. En casi todos los casos, no solamente se cumplió con el compromiso previamente adquirido, sino que los trabajos fueron, además, objeto de reconocimiento, más

significativo si tenemos en cuenta que se afrontaron en universidades exigentes y en lenguas extranjeras. Esta política de capacitación dio, por otro lado, interesantes réditos: por una parte, los profesores quedaron capacitados en la disciplina y en las lenguas, lo que les dio acceso a recursos investigativos de primer orden; por otra, se establecieron relaciones con profesores e investigadores, que siguen vigentes y han constituido una fuente estimulante y un recurso para los procesos de internacionalización. En las últimas décadas se han mantenido vivas las relaciones y contactos, que se reflejan en una agenda de seminarios y ciclos de conferencias —más de medio centenar— en los que se ha tenido la oportunidad de escuchar planteamientos y dialogar con una serie de notables invitados, procedentes de Europa y Latinoamérica.

Las investigaciones doctorales otorgaron conocimientos profundos sobre una serie de filósofos imprescindibles, con los cuales se pudo ofrecer formación de investigadores de gran calidad, tanto en el nivel de pregrado como de posgrado, en la maestría y el doctorado. Platón, Aristóteles, Descartes, Hobbes, Spinoza, Kant, Hegel, Marx, Koyré, Russell, Wittgenstein, Popper, Adorno, Heidegger, Habermas, Gadamer, Ricoeur, Perelman, Bataille y Rawls fueron algunos de ellos.

Por otro lado, la actividad de investigación con miras a títulos de posgrado de los profesores de planta continúa con otros procesos análogos, inscritos en el Sistema Universitario de Investigación, y con proyectos financiados con los apoyos de Colciencias y de otras entidades externas. Más de treinta proyectos han concluido en forma exitosa, conformando ya un bagaje que empieza a madurar y que fortalece a los grupos de investigación, modalidad que intenta impulsar aún más la organización de comunidades científicas y de trabajo académico.

El trabajo investigativo se da enmarcado en una serie de actividades permanentes, a las que se dedican los miembros del Instituto y que operan como áreas de trabajo común que se hacen tangibles en el encuentro directo con los textos, los artículos, las ponencias y las comunicaciones académicas ya producidas.

Para ilustrar lo anterior, se ha dado campo a la filosofía griega. En los comienzos, Beatriz Restrepo Gallego y Alejandro Alberto Restrepo hicieron lecturas del texto platónico y de los problemas planteados por los presocráticos; Jorge Antonio Mejía Escobar se interesó por Aristóteles y la medicina griega, y realizó una investigación, ya publicada, sobre este tema; Carlos Másmela Arroyave ha revisado con minuciosidad, en varias investigaciones, los temas del movimiento, el tiempo y el ser; Jorge Mario Mejía Toro, después de ocuparse con temas de filosofía nietzscheana y pensamiento literario, ha realizado una notable investigación doctoral sobre el *Ion* de Platón; Luz Gloria Cárdenas Gutiérrez, desde su vinculación, se ha interesado por los problemas de la retórica y la teoría de la argumentación, para detenerse luego en Aristóteles, realizando de paso un interesante esfuerzo por impulsar el grupo de filosofía griega, al cual se debe la puesta en marcha de una línea de investigación en la maestría; ella publicará próximamente un libro sobre opinión y paradoja en Aristóteles; más recientemente, Jairo Iván Escobar Moneada, después de una interesante investigación doctoral sobre el *Timeo* de Platón, ha abordado con buenas herramientas filológicas el estudio de Platón y Aristóteles, y tiene en curso varias investigaciones. Es valioso y significativo este primer contacto básico con el pensamiento que inaugura la tradición filosófica occidental.

Otro frente de trabajo ha sido el de la ética y la filosofía política. Allí se encuentran los intereses investigativos de profesores como Freddy Salazar, que leyó a Spinoza y Marx en una sugestiva comparación sobre problemas del conocimiento y del método; también, Alfonso Monsalve, que ha encontrado en estos temas de filosofía política un campo de trabajo, realizó una secuencia de seminarios y encuentros internacionales sobre el problema de la paz y la democracia en Colombia. En esta área de estudio de las ideas políticas, con esfuerzos muy persistentes y ordenados, tanto en el contacto con los clásicos del tema, como con los autores actuales, se encuentra el sólido trabajo que realiza Francisco Cortés, con publicaciones significativas sobre el tema de la justicia distributiva, los derechos de las minorías, el multiculturalismo y el papel del estado en la filosofía política moderna. En este mismo campo de la filosofía política, Iván Darío Arango, después de un esfuerzo intelectual con los problemas del conocimiento en la obra de Descartes y la reconstitución del saber en la modernidad, ha incursionado en una divulgación de la filosofía política moderna y contemporánea, que intenta salir de los claustros universitarios; José Olimpo Suárez, quien se inició con un interés marcado en la lógica, el positivismo lógico y la filosofía analítica, en su actividad más reciente se dedica al estudio del pragmatismo político en sus versiones clásica y contemporánea; el profesor Fabio Giraldo, ahora vinculado al Instituto de Estudios Políticos, ha tenido también, en este campo de las ideas filosóficas alrededor de lo político, interés en las diferentes teorías del contrato social; en el área de la ética, Jairo Alarcón y Rosalba Duran han continuado con una tradición de diálogo con otras disciplinas y de ejercicio de la responsabilidad de los intelectuales, enfrentando problemas prácticos; esta interesante tradición, impulsada inicialmente por Beatriz Restrepo, ha continuado mediante el diálogo con académicos de otras dependencias. El trabajo más reciente de la profesora Duran, después de un ciclo de formación e investigación doctoral en Spinoza, ha fructificado en su ocupación con la bioética y los problemas de género; el profesor Alarcón ha explorado los problemas de la ética ambiental y las técnicas propias de los procesos de negociación de conflictos, campos de importancia indiscutible. Esta área de la ética y la filosofía política actualmente es muy activa y llena de horizontes sugestivos y prometedores, y seguramente seguirá respondiendo al reto que la problemática propia de nuestra sociedad plantea al estudioso de la filosofía.

El campo de la historia de las ciencias, la filosofía de la ciencia y la epistemología contemporáneas ha tenido en el profesor Jorge Antonio Mejía un persistente animador, que ha orientado sus acciones con formación de investigadores, realización de publicaciones, y una interesante actividad alrededor de la conformación de la Sociedad Colombiana de Epistemología. En este campo también inició una prometedora actividad Gustavo Valencia Restrepo quien, luego de una brillante disertación doctoral sobre la obra de Koyré, se comprometió con la organización administrativa y académica inicial del Instituto, para pasar luego a realizar una notable labor en el desarrollo de la investigación en la Universidad, que se convirtió en líder nacional en este frente. En la epistemología de las ciencias sociales ha puesto su atención Eufrasio Guzmán Mesay la antropología social y cultural ha sido el tema predominante de su exploración. La lógica y la filosofía del lenguaje fueron abordadas en el pasado por José Manuel Arango -uno de los poetas más notables de los últimos cincuenta años en Colombia, fallecido recientemente- y ha tenido en Juan Guillermo Hoyos Melguizo, en la actualidad, un estudioso que se ha dedicado a la obra de Wittgenstein.

Otro frente de trabajo relevante ha sido el del estudio y divulgación de los problemas

de la estética y la filosofía del arte, donde el profesor Javier Domínguez Hernández ha concentrado su esfuerzo, realizando inicialmente una sólida investigación doctoral, para abordar luego una serie de publicaciones, artículos, conferencias y eventos de importancia nacional. Ha impulsado además la formación, en la maestría y doctorado, de valiosos estudiantes, que se convirtieron en investigadores y multiplicadores intelectuales de resonancia indiscutible en esta área, lo que muestra el camino por el cual la vida académica puede irrigar la actividad cultural. En este campo de la estética también podemos inscribir el trabajo de dos de los más recientes miembros del grupo de profesores. La profesora Lucy Carrillo Castillo, estudiosa de Kant y de la fenomenología contemporánea, ha tenido en los problemas del tiempo y de la música un frente de investigación, con maduros trabajos que son un aporte indudable al estudio de los problemas del área. Igual sucede con los esfuerzos de Carlos Vásquez Tamayo quien, además de una original y cuidadosa lectura del texto nietzscheano, viene ofreciendo resultados visibles en la poesía.

Papel notable en la incorporación de tecnologías informáticas ha tenido Jorge Antonio Mejía Escobar, secundado por Javier Escobar Isaza. De gran proyección futura resulta su actividad investigativa en el tratamiento informático de textos, y su interés por liderar además la actualización tecnológica del Instituto y los procesos editoriales de la revista Estudios de Filosofía. Esfuerzos como éste muestran bien el compromiso con los retos que plantea el desarrollo tecnológico para el ejercicio de la investigación y la docencia.

## La docencia

Una nota adicional merece el mecanismo concebido por el conjunto de profesores que fundaron el así llamado claustro, que se mantiene aún y permite la conexión vigorosa entre investigación y docencia. La clave de esta conexión parece haber sido la organización temprana en el Instituto de planes de estudio flexibles, siempre derivados de la actividad investigadora de los profesores. El reducido grupo de 1974 encontró en la flexibilidad una solución a las carencias de personal suficiente para cubrir todos los autores, épocas y áreas del trabajo filosófico, pero esa relativa debilidad del grupo y del programa inicial se convirtió en la posibilidad de cada uno, de dedicarse a trabajar lo que consideraba más importante.

## Los programas de formación de investigadores

Esa armonía entre investigación y docencia, y su difusión permanente, se materializa en el funcionamiento del pregrado, las maestrías y el doctorado. Ya en el pregrado hay un compromiso con la elaboración de monografías, en un ambiente de investigación y búsqueda de la excelencia, que ha llevado a que varias de ellas hayan recibido reconocimiento, como es el caso del Concurso Nacional de tesis de pregrado Otto de Greiff; por otra parte, es estimulante observar que los mejores egresados han seguido invariablemente su formación de posgrado, en el mismo Instituto o en universidades del exterior, aprovechando las oportunidades que la Universidad ha abierto para los procesos de relevo generacional, con el apoyo de Colciencias y otras entidades. De los dos programas de formación de investigadores docentes han egresado en total doscientos ochenta y cuatro estudiantes.

La formación de investigadores a nivel de posgrado ha tenido un resultado igualmente gratificante, con dieciséis líneas de maestría, de las cuales han salido cincuenta egresados. El programa de doctorado ha dado ya cuatro candidatos graduados, con trabajos que han merecido distinciones y que están en proceso de edición.

## Responsabilidad con la cultura: las publicaciones y la extensión solidaria

Esta actividad ha sido significativa porque se han creado programas interesantes que perduran y constituyen el sitio de encuentro de estudiosos e interesados en la filosofía. Se han venido realizando desde hace tres lustros las Lecciones de Noviembre, organizadas como un ciclo de conferencias anual, dirigidas al gran público, que cuentan con una acogida notable. El Instituto también instauró, dentro de la Universidad, la Lección Inaugural, tradición en otros lares, en la que un profesor del claustro ofrece a la comunidad universitaria un informe sobre el estado de sus investigaciones o el panorama de procesos actuales. Igualmente significativo ha sido el programa radial emitido a través de la emisora universitaria. Este espacio fue concebido y realizado inicialmente por la profesora Rosalba Duran Forero y es coordinado actualmente por Jairo Alarcón. Por otra parte, en el último lustro se han llevado a cabo diferentes ciclos de conferencias, algunos de ellos realizados en la Ciudad Universitaria y otros en la Biblioteca Pública Piloto, donde se ha contado con una asistencia que supera la usual para este tipo de eventos. Se ensaya ahora algo sin precedentes, al inaugurar la Cátedra Abierta, conformada por cursos universitarios formales, con asistencia libre. Toda esta extensión solidaria ha obedecido a una concepción de que no se haga con ánimo de lucro, como parecería querer imponer el neoliberalismo a la Universidad, sino como un asunto de responsabilidad con la comunidad en general, al ofrecerle espacios para la reflexión, de manera amena.

A esta actividad de extensión se ha de agregar lo que constituye el rédito cultural más notable de toda la actividad descrita, las publicaciones: libros, artículos, ensayos periodísticos, traducciones -objeto permanente de trabajo de buen número de profesores y estudiantes-. Son ejercicios que demuestran incontestablemente una responsabilidad con la escritura como memoria de la humanidad y como registro de una actividad que queda como acervo y referencia cultural obligada para quien recomience el ejercicio del pensar y del estudio de la filosofía. Casi medio centenar de libros, varios de ellos en editoriales de reconocido prestigio en lengua española, alrededor de 150 artículos en revistas especializadas; 26 números de una revista, Estudios de Filosofía, que se consolida nacional e internacionalmente por su calidad y pulcritud editorial; el inicio de una interesante presencia en la prensa local, opinando y orientando sobre asuntos de importancia nacional; una actividad permanente de traducción y divulgación son, entre otros, los ejercicios que se vienen realizando por parte de este grupo de profesores, que van dando muestras de un jovial e intenso trabajo con la filosofía, que puede reconocerse como el proceso inicial de una unidad académica joven que da, con seguridad y firmeza, sus primeros pasos en su vida académica.

### Notas

1. URIBE DE H. María Teresa, Coordinadora académica. Universidad de Antioquia. Historia y Presencia. Medellín; Editorial Universidad de Antioquia. 1998. págs. 559-561

2. VILLA, Víctor. "El Instituto Filológico ¿un modelo aún posible?" En: Preocupaciones. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1991.

\*Tomado de Crónicas Universitarias. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2003. ISBN 958655712X. pág. 129-137